INTERVENCIÓN DELEGADA DEL GOBIERNO EN MADRID. MENINAS 2021

Permítanme que comience con el recuerdo de unos nombres que son la razón, las razones, por las que hoy estamos aquí: Laura, María Alice, Mª del Carmen, Mª de la Cruz, Katherine Mary, Consuelo, Luisa Amelia.

Estos nombres, y el de María Luisa, cuyo caso sigue en investigación, se unen al de Isabel, la pequeña que fue asesinada para hacer daño a su madre.

Desde el mes de enero de este año que va a terminar, cada una de ellas es una razón para justificar el trabajo que hoy centra nuestro encuentro. La responsabilidad que tenemos Gobierno central, gobiernos locales o autonómicos y sociedad, en la lucha contra la violencia de genero.

Porque hoy no es, no puede ser, un día de fiesta, sino de compromiso. Hoy es un día de reconocimiento, de gratitud por el trabajo, porque como bien nos recuerdan siempre la Policía Nacional, Guardia Civil y las policías locales, no hay descanso contra aquellos que persiguen a las mujeres, las dañan, las asesinan.

En 2020 se contabilizaron casi 22.500 denuncias en la Comunidad de Madrid por violencia de género. Más de 60 denuncias al día en un año marcado por el descenso producido por la pandemia. En el primer semestre de este 2021, más de la mitad del año anterior 12.084. Casi 70 denuncias diarias

Desde el Gobierno de España no claudicamos en nuestro deber de garantizar la libertad de esas mujeres y por ello: desde 2018, hemos destinado más de 43 millones de euros a la Comunidad de Madrid; y solo este año, 11 millones para desarrollar y reforzar uno de los mejores instrumentos que tenemos: el Pacto de Estado contra la Violencia de Género. Un Pacto que nos incumbe a todos: desde el Estado a los municipios.

Asimismo, el Ministerio del Interior ha incrementado el número de efectivos que están a disposición de la protección integral de las víctimas de violencia de género. Y desde esta Delegación, con la inestimable cooperación de los municipios, estamos reforzando una de las principales herramientas en la protección de las mujeres: el Sistema de Seguimiento Integral en los casos de Violencia de Género (el llamado Sistema VioGén).

Un sistema que nos permite, que tanto las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado como las Policías Locales colaboren, tengan información y, sobre todo, protejan a las mujeres que están amenazadas.

Un Sistema que, realiza una labor preventiva a través de los "Planes de Seguridad Personalizados" Y, además, nos permite hacer predicciones del potencial del riesgo para dar una protección real y efectiva a las mujeres.

Desde su puesta en marcha, VioGén ha dado protección a más de 100.000 mujeres, existiendo en la Comunidad de Madrid (hasta el 15 de noviembre) 9.281 casos activos, que afectan a 9.071 víctimas. 9.071 mujeres y menores víctimas de violencia de género.

Tras el repunte de casos, el pasado 3 de junio el Ministerio del Interior reforzó este sistema incrementando la plantilla destinada a proteger a las mujeres y a los menores, aumentando la comunicación con la víctima para que conozca en todo momento qué medidas se están adoptando, con el fin de que sea conocedora de que su seguridad frente al agresor está garantizada y pueda ser más libre.

Desde esta Delegación del Gobierno sabemos muy bien que no solo es necesario sino muy urgente que la Comunidad de Madrid se sume activamente y suscriba un nuevo Convenio mejorado, que permita que todos los servicios de los que dispone la Comunidad se pongan al servicio de las mujeres y menores que sufren el maltrato machista.

Es necesario que sus servicios estén, como los nuestros, a disposición de las víctimas de violencia de género. De forma integral, unitaria. Como debe ser. Se trata de apartar las diferencias para garantizar la libertad de las mujeres. Es una reivindicación necesaria que se justifica en la urgencia de afrontar la violencia de género como una realidad que no se detiene si no hay firmeza, contundencia y dedicación absoluta de todas las administraciones con capacidad.

La violencia machista es una realidad que trasciende a la diferencia política. Así, ha sido hasta ahora, por eso hacemos pactos, y con ellos, todos luchamos contra ella, por eso nos manifestamos juntos, para que los agresores sepan que las mujeres nos tienen a todas y todos a su lado, junto a ellas.

Por más que una corriente negacionista intente imponer su criterio, minimizando este mal, utilizando para ello el juego político, nuestro deber, el de las fuerzas políticas, es el de dejar

a un lado las luchas de cada uno para afrontar la auténtica batalla contra el machismo criminal.

La violencia de género nos arrebata vidas, pero antes, las consume. Un crimen machista es el colofón, muchas veces, de un largo proceso de destrucción y de sufrimiento en el que cada día es un eslabón que puede conducir a un final mortal.

Sumidas en un silencio de terror, las mujeres víctimas de violencias machistas, viven atrapadas en una dinámica de la que solo se escapa con voluntad, determinación y con ayuda, sobre todo con ayuda. Si el primer paso lo deben dar ellas, el siguiente, nos corresponde a los que debemos protegerlas.

Por ello, no tiene sentido ser comedidos con el lenguaje: hay que ser claros para llegar a la conciencia de miles de mujeres que sufren. Hay que ser rotundos para hacer visibles todas y cada una de las violencias de género: las del insulto, las de la presión psicológica, las de los golpes, las del desprecio y la humillación, todas. Porque todas se basan en un mismo principio: la superioridad del hombre frente a la mujer, la superioridad de sus razones, de sus deseos, incluso de sus caprichos, hasta conducirlas en ocasiones, hacia una muerte violenta tras un calvario insoportable.

Ante un brutal asesinato, devastados por la maldad y la saña que lo acompaña, nos refugiamos en los gestos y en el lenguaje y tratamos de encontrar los adjetivos y las palabras que nos ayuden a superar el dolor que nos causa el sufrimiento ajeno: crimen horrible, brutal asesinato, y un largo etcétera que resuena en los informativos con tanta fuerza como al parecer poca eficacia.

Y es porque no solo se trata de lenguaje, sino de actuación política y de compromiso cívico y social. Les pondré un ejemplo revelador: Este año, una televisión generalista ha roto el estrecho círculo en el que se tratan estos temas en profundidad y ha convertido la experiencia individual de una persona famosa en un drama colectivo.

Asumió que algo tan aparentemente poco atractivo televisivamente como una denuncia de maltrato debía ser emitido, y debía serlo con todo detalle, durante el tiempo que hiciera falta, con el apoyo de las opiniones que fueran necesarias, con todo el rigor y con toda la fuerza de la televisión bien hecha.

Con la emisión de estos programas, semana a semana, durante más de dos meses, muchas mujeres se reconocieron en el relato de la protagonista: la actitud del maltratador, las amenazas, los insultos, la manipulación, el uso de los hijos, la agresión calculada, la violencia descarnada.

En todas y en cada una de las violencias que este personaje público había sufrido y que relataba con detalle. Esto generó una expectación inédita. Lo que muchas padecen en la sombra lo veían en la televisión convertida en un espejo. Y fue eficaz porque en muchas

espectadoras anidaba, hasta ese momento, la extraña idea de que lo que padecen son cosas que solo le pasan a una misma, que la vida es así, que hay que convivir con ese sufrimiento, que es una vergüenza que mejor no airear y que no hay que lavar los trapos sucios fuera de casa.

Este salto cualitativo ha supuesto una experiencia inédita, un despertar social en el tratamiento informativo en el que convivieron la víctima, personajes televisivos conocidos por todos y expertos que nunca antes habían coincidido en un plató de tv mostrando una reacción contundente, compartida, ante lo que se iba descubriendo.

Un hito que seguramente haya cambiado la historia. Porque ha sido el primer paso a la normalización de la denuncia, al reconocimiento de que la violencia de género empieza en el desprecio, el insulto en la amenaza y acaba, en ocasiones, en el crimen machista descarnado.

Sirva este ejemplo como modelo. Tomemos en toda su dimensión el valor que tiene. La lección es clara: siempre se puede hacer algo y todo es susceptible de ser útil para combatir este mal. Todos y todas podemos hacer algo.

Y a todos y todas nos obliga la realidad a hacerlo. Esto ha ocurrido este año. Las estadísticas muestran que durante la emisión del programa se multiplicaron las denuncias. Así, que este hecho nos enseña que hablar de feminismo, de igualdad, de violencia de género, donde no se espera, llegando a cuantas más personas mejor, es una herramienta poderosísima para combatir esta plaga. Combatir la violencia de género nos obliga a todos, por nuestro sentido ético, nuestra conciencia y nuestro deber moral.

Todos estamos permanentemente convocados a un minuto de silencio cuando hay un crimen machista. Pero, también, estamos obligados a muchos minutos, muchas horas, muchos días, todo el tiempo necesario para alzar la voz con todo el ruido posible, contra este terror que apaga la vida de las mujeres.

Vivimos inmersos en un tiempo de grandes transformaciones que apenas sabemos apreciar porque nos encontramos en pleno proceso de cambio estructural de nuestra sociedad. Cambian los procesos productivos, las formas de relacionarnos a través de la comunicación y las tecnologías de la información, cambia el consumo cultural, y un largo etcétera al que añadimos las secuelas de la pandemia.

Pero los micromachismos y el machismo que degenera en violencia de múltiples formas siguen ahí, se reproduce. Llega a los más jóvenes, utiliza la tecnología para renovar esquemas de dominación, se apoya en los hábitos de consumo y en los gustos culturales. Se expresa en las letras de las canciones, en las jerarquías de las pandillas y de los grupos de amigos, se muestra en la asignación de roles. Su capacidad dañina es adaptativa: sobrevive a los cambios y siempre termina por evidenciarse de la forma más agresiva.

Porque el machismo no es una actitud estática: evoluciona, se transforma, crece y acaba siendo de una voracidad terrible. Los crímenes son la expresión final de muchos efectos previos.

Podría hacer un paralelismo con el virus que hemos padecido: se extiende, a veces se muestra sin síntomas aparentes, y finalmente nos daña, luego nos aísla y puede llevarnos a la muerte. Contra el virus, la campaña de vacunación del Gobierno ha sido un éxito irrefutable. Contra este mal aún no hay vacuna tan eficaz, sino tratamiento. Y el tratamiento debe empezar en la infancia, en la escuela, en la familia, entre los amigos, en el trabajo, en el ocio la sociedad. El tratamiento es compromiso.

Solidaridad con las víctimas. Comprensión del dolor, actuación contra quienes vemos que practican este mal; denunciar, acoger a quienes sabemos que necesitan ayuda.

Todos y cada uno de vosotros, todas y cada una de vosotras habéis mostrado ese compromiso todos y todas habéis asumido, vivido y trabajado para que este mal, que no es pandémico, sino endémico, termine. Porque jamás seremos una sociedad libre si la mitad de ella está en riesgo de sufrir la arbitrariedad y el abuso.